

¿ASISTIDOS O TRABAJADORES? LA AMBIGÜEDAD DE LA INTEGRACIÓN LABORAL PROPUESTA POR EL PROGRAMA PROEMPLEO EN CHILOÉ (CHILE)

Social assistance beneficiaries or workers? The ambiguity of labor integration proposed by the ProEmpleo program in Chiloé (Chile)

Natalia Briceño Lagos¹

Recibido: Enero, 2012 // Aceptado: Junio, 2013

RESUMEN

El programa de empleo de emergencia ProEmpleo implementado en la isla de Chiloé desde el estallido de la crisis del salmón en 2008, se ha convertido en un mercado del trabajo alternativo, generando formas de subempleo y perpetuando situaciones profesionales inciertas. Este estudio propone la figura de precariado de “pobre-trabajador”, un individuo que solo al ser reconocido en situación de vulnerabilidad por las instituciones, tiene acceso a un cupo de trabajo. Este artículo discute sobre las formas y posibilidades de integración profesional de esta población, abordando la experiencia de la ambigüedad estatutaria entre *asistido* y trabajador, en la cual emerge una tensión marcada por la aparición de una conciencia laboral y del empoderamiento por medio del trabajo.

Palabras clave: ProEmpleo, asistencia social, “pobre-trabajador”, integración profesional, isla de Chiloé (Chile).

ABSTRACT

The emergency job program ProEmpleo, implemented on Chiloé Island since the outbreak of the salmon crisis in 2008, has become an alternative labor market, generating forms of underemployment and perpetuating professional uncertainty. This paper proposes the figure of the *precariat* of the “poor-worker”, an individual who, only after being recognized as in a vulnerable situation by the institutions, has access to a work quota. This article discusses the ways and possibilities of professional integration of this population by addressing the experience of statutory ambiguity between social assistance beneficiaries and worker, in which tension marked by the emergence of a labor consciousness and empowerment through work takes place.

Key words: ProEmpleo, social assistance, « poor-worker », labor integration, Chiloé island (Chile).

¹ Doctorante en Sociología, miembro del Equipe de Recherche sur les Inégalités Sociales (ERIS), Centre Maurice Halbwachs, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris. Líneas de investigación: Sociología del desempleo, precariedad e integración laboral, formas de organización del trabajo, cambios organizacionales y evolución de la relación subjetiva al trabajo, salud laboral. ENS / CMH, Équipe de Recherche sur les Inégalités sociales, Bâtiment B, 48 boulevard Jourdan 75014 Paris, Francia. Teléfono: [+336695278503](tel:+336695278503). E-mail: natibriceno@gmail.com

Los elementos centrales de este artículo fueron presentados en el VII Congreso Consejo Europeo de Investigaciones Sociales sobre América Latina – CEISAL Memoria, Presente, Porvenir realizado en Portugal, del 12 al 15 de junio de 2013. El artículo sintetiza resultados de investigación desarrollados en el marco de la ejecución del Proyecto Recherche sur les Inégalités Sociales del Centre Maurice Halbwachs.

INTRODUCCIÓN

Las ciencias sociales mucho se han interrogado por el futuro del trabajo en periodos de recesión económica, principalmente a través del fenómeno de la “nueva pobreza” y del estudio de los efectos del desempleo sobre la vida de las personas y sus vínculos sociales, entre otros aspectos. En fases de crisis es bastante común que se intensifiquen los procesos de precarización del empleo bajo la forma de la subcontratación, de la flexibilización de los contratos y del aumento de los contratos a tiempo determinado con el fin de sostener un cierto nivel de empleabilidad. Pero, ¿qué pasa con el trabajo en ciclos de fuerte crecimiento económico como es el caso de Chile? Hoy en día la economía del país crece en un rango entre 4,5% y 5,5% (Banco Central, 2013), la pobreza total alcanza un 14,4% (CASEN 2011) y su tasa de desempleo ha disminuido progresivamente bordeando actualmente el 6% (NENE). Sin embargo, este clima de “pleno empleo” que muestran las estadísticas, invisibiliza las formas del trabajo y del empleo que mucho se asemejan a las características del trabajo en contextos de crisis económica. A diferencia de la discusión que tuvo lugar en América Latina en los años 60 y 70 sobre *marginalidad*, que refiere principalmente a la restricción de la participación y a las dificultades de absorber la totalidad de la mano de obra en y por el sistema económico (Nun, 1969; Quijano, 1966), la lógica actual de crecimiento que experimenta Chile busca “integrar” u ocupar a la mayor cantidad posible de individuos económicamente inactivos en el mercado del trabajo. No obstante, para mantener esta progresión, la estrategia para lograrlo pasa básicamente por la precarización de los empleos y de las condiciones de trabajo.

A comienzos del siglo XXI y después de haber sido golpeado por la crisis de 1998, Chile recibía el nuevo milenio con cifras macroeconómicas menos auspiciosas que las actuales. El porcentaje de desempleo alcanzaba los dos dígitos y el nivel de pobreza en el país llegaba al 26,2% (CASEN 2000). Es en este contexto y en el marco de la generación de políticas activas del mercado del trabajo, que en el año 2001 se crea el Programa ProEmpleo (PPE), dependiente del Ministerio del Trabajo y de Previsión Social, como una medida de empleo directo que busca disminuir las tasas de desempleo y pobreza ofreciendo empleos de emergencia temporales a personas en situación de vulnerabilidad, principalmente desempleados y jefes o jefas de hogar. En América Latina y el Caribe, los programas de empleo de emergencia existirían en al menos 11 países (Panorama Social de América Latina CEPAL 2002-2003), contribuyendo positivamente en el alivio de la pobreza en toda la región (Panorama Laboral OIT 2003). Y es que ese es precisamente el enfoque de este programa social: la superación de la pobreza por medio del empleo. Hoy, esta fórmula parece discutible si se considera la aparición del “trabajador pobre” o incluso del “trabajador precario asistido” (Paugam, Martin, 2009). El Panorama

Social de América Latina de 2012 elaborado por la CEPAL diagnostica esta situación, aseverando que la mayoría de las personas pobres y vulnerables de la región ya se encuentran ocupadas, y que incluso solo un 6% del total de pobres no indigentes estaría desocupado. Según este documento, la heterogeneidad de la estructura productiva de los países explicaría que un empleo *per se* ya no constituiría una garantía para salir de la pobreza.

Siguiendo esta línea, en esta comunicación se pretende abordar la configuración de una nueva figura de *precariado* (Castel, 2007), la de un “pobre-trabajador” promovido por el propio ProEmpleo y representado por sus beneficiarios. El objeto sociológico en cuestión no es ni la pobreza ni el trabajo, sino la relación de asistencia o interdependencia entre pobres y sociedad (Simmel, 1998 [1907]; Paugam, 1991) que se concretiza, a modo de ejemplo, en el programa ProEmpleo. Para esto, se tomará como caso de estudio la implementación de este programa en la comuna de Quellón, en la isla de Chiloé, en el sur austral de Chile, el cual comenzó a operar el año 2008 para hacer frente al desempleo masivo que trajo la crisis de la industria del salmón, y que hasta el 2013 sigue implementándose. ¿Cómo se explica que un programa de emergencia y de carácter temporal lleve cinco años operando en un lugar donde la oferta laboral se ha recuperado y donde la tasa de desempleo alcanza el 0,9% (NENE 2013²)? ¿Cuáles son los efectos de su presencia continua sobre los beneficiarios, sus modos de vida y sus imaginarios entorno al trabajo? Quienes participan en el programa son reconocidos por las instituciones como una población pobre y/o vulnerable. Este diagnóstico y clasificación justifica el carácter prioritario de la intervención de un programa público y político, pero que a largo plazo se cristaliza en la figura estatutaria híbrida de “trabajador autónomo” y “beneficiario de asistencia pública”. Dicho de otro modo, el ProEmpleo en esta comuna propició en base a la ayuda social, la formación de un grupo asalariado precario en cuanto a sus condiciones laborales y a sus proyecciones de movilidad social. En el presente trabajo se buscará examinar el carácter ambiguo del ProEmpleo a través del sentido que los propios beneficiarios o trabajadores de este programa dan a sus experiencias.

Para esto, en un primer momento se buscará contextualizar la puesta en marcha de este programa en Quellón mencionando las características y los episodios de auge y crisis que ha sufrido el mercado laboral en esta zona para

² Este dato corresponde al trimestre móvil julio-septiembre 2013 de la Nueva Encuesta Nacional de Empleo (NENE) para la provincia de Chiloé y Palena. Esta encuesta realiza mediciones por zona a partir de 60 mil habitantes y más. Si bien la población de esta provincia alcanza los 166.025 habitantes (CENSO 2012), en ninguna de las ciudades pertenecientes a la isla de Chiloé se aplicaría este instrumento, ya que la más poblada, Castro, cuenta solo con 43.306 habitantes para el 2012. La desocupación en estas comunas es medida por la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) que se realiza en Chile cada 3 años.

luego conocer la evolución del ProEmpleo en sus cinco años de implementación. Veremos luego cómo la naturaleza de la pobreza en este lugar cambia conforme a la introducción de este nuevo mecanismo, el cual establece una relación ambigua con sus beneficiarios que bascula entre la asistencia y el trabajo. Este será un primer elemento para posicionar la problemática de la integración profesional en el presente trabajo, cuestión que será profundizada en un último momento por medio del análisis comprensivo de las experiencias laborales de los beneficiarios del ProEmpleo.

2. EL PROEMPLEO EN QUELLÓN

Síntesis auge y crisis del empleo en Quellón

La industria del salmón se instala en las aguas australes de Chile durante los años 80, periodo en que el país cambia de paradigma tecnoeconómico (Aguilar, 2001) e introduce una importante batería de reformas neoliberales. El apoyo gubernamental al establecimiento de centros acuícolas respondía a la idea de que esta empresa representaba por un lado una fuente de potencia alimentaria y un medio de diversificación que permitiría disminuir la presión sobre los recursos marinos, y por otro un nicho de nuevos puestos de trabajo en una zona bastante deprimida en materia de empleo. El éxito de esta industria se consolida cuando en el año 2000 Chile se convierte en el segundo país exportador de salmón a nivel mundial. En materia laboral, su expandida y prolongada presencia alrededor del archipiélago de la isla de Chiloé introdujo incluso cambios cualitativos a nivel de la relación establecida entre chilotes, trabajo y empleo (Briceño, 2012). Hasta el año 2007, más de 53 mil empleos fueron creados de manera directa e indirecta en toda la zona del *cluster* del salmón, y se crearon más de 500 empresas de bienes y servicios relacionadas a la salmonicultura (SalmonChile, 2006). En un periodo de menos de 20 años, esta isla y particularmente la ciudad de Quellón pasaron de ser una tierra olvidada, e incluso invisible por su lejanía, a convertirse en un lugar de promesas y oportunidades ligadas a la gran disponibilidad de puestos de trabajo que ofrecía el sector salmonero de manera permanente. Esto generó una importante explosión demográfica: la tasa de inmigración de Quellón para la década 1992-2000 llega a un 24,4% mientras que la región de Los Lagos (de la cual forma parte la isla de Chiloé) alcanzó solo un 2% en el mismo periodo (Censo 2002, INE). El desarrollo de la ciudad, de sus servicios y comercios dependía únicamente de los progresos de la industria del salmón. Este territorio pasó de ser una región netamente agrícola, de alta población rural y actividades tradicionales, a una región acuícola donde predomina el trabajo industrial y una mano de obra asalariada.

Sin embargo, en el año 2008 la aparición de un virus mortal llamado *infectious salmon anemia* (ISA) marcaría un importante revés en el desarrollo industrial y socioeconómico alcanzado hasta ese momento. Aun no existe consenso entre los actores locales sobre las razones que condujeron a la aparición de esta anemia infecciosa, pero hay unanimidad en que sus efectos fueron devastadores en materia medioambiental, industrial y social. Según un informe de SERNAPESCA (2008), entre julio de 2007 y julio de 2008 se detectaron 74 centros de cultivo con presencia del virus ISA, de un total de 735 en operación durante 2007. La “crisis del salmón” se tradujo en todo el *cluster* en una crisis financiera para las principales empresas productoras: en agosto de 2009, un 79% de los centros de cultivo de salmónidos estaban inactivos (Pure Salmon Campaign citado por Carreño, 2010), la producción de salmón cayó en un 50% (Pascual, 2010) y para fines de ese mismo año más de 27 mil puestos de trabajo habían sido cerrados (Revista Nos, 2009). Paralelamente, la pobreza en Quellón se disparó a un 25,5% (CASEN 2009), convirtiéndose en la comuna más afectada por este fenómeno en toda la región de Los Lagos. El desempleo tocó a alrededor de 3.500 personas en esta ciudad (OLACH, 2011). Según la prensa local y cifras de la municipalidad, la cesantía habría llegado incluso a un 50% durante la crisis. Según datos objetivos, la tasa de desocupación en Quellón aumentó de 2,96% en 2006 a 14,66% en 2009 (CASEN 2006, 2009). Si bien no solo fue desvinculada la gran mayoría de la planta de operarios, este grupo resultó uno de los más vulnerables a la hora de enfrentar el desempleo, una experiencia formalmente nueva para gran parte de ellos. Con el desmoronamiento del imperio del “oro rosado”, y considerando la gran masa de desocupados con bajos niveles de empleabilidad, se instala un clima generalizado de desesperación y de desorden social en toda la isla de Chiloé. Simultáneamente a la crisis del salmón se desarrolla una crisis en el sector pesquero artesanal por la aparición de marea roja en los moluscos. Al grupo de personas sin trabajo y sin ingresos provenientes de la industria del salmón se suma entonces el de pescadores artesanales.

El desempleo nunca antes fue una gran preocupación para las autoridades locales. El mercado de trabajo formal en Quellón, antes compuesto únicamente por las industrias pesqueras, funciona por temporadas y en la mayoría de los casos bajo una modalidad de trabajo “a trato”, es decir, por hora, día y kilo. Este tipo de trabajos estacionarios que genera obreros eventuales, deben ser comúnmente complementados con actividades pasajeras que permitan generar un ingreso extra para el hogar. La dinámica de la “changa”³ temporal e inestable, esconde el estado de desocupación que conocen también estacionariamente estas personas. Naturalizada la inestabilidad del trabajo, el

³ Nombre que se le da en el sur de Chile al trabajo precario, informal y temporal.

desempleo como indicador económico y fenómeno social aparece como una novedad en este territorio, principalmente en los sectores rurales. Para hacer frente a este panorama, la municipalidad de Quellón debió introducir cambios organizacionales a su gestión, los cuales se concretizan principalmente en la apertura de una Oficina Municipal de Intermediación Laboral (OMIL), la cual se encarga de colocar a sus inscritos en puestos de trabajos ofertados por empresas. A su vez, la institución estuvo a cargo de la implementación del programa gubernamental ProEmpleo, el cual como ya se mencionó, propone cupos de trabajo temporales de emergencia en épocas de crisis sociolaborales.

En el 2011, tres años luego de que estallara la crisis, los ex empleados del salmón, apoyados por la Federación de Trabajadores de la Industria del Salmón, generaban presiones por medio de manifestaciones para pedir al gobierno la creación de más empleos de emergencia. El presidente de la Federación de sindicatos del salmón de Quellón y del sindicato Río Dulce, Gustavo Cortés declara: “no es una lucha contra la industria del salmón, es una lucha contra el gobierno para que se dé cuenta de que el desempleo existe, hoy la mejor forma de hacerlo es esa, tú lo ves a través de las manifestaciones, cuando las autoridades ven una enorme cantidad de personas marchando por las calles mostrando su malestar masivo, es ahí que el gobierno reacciona” (entrevista realizada en septiembre 2011). Si bien en ese momento la industria del salmón se encontraba recuperándose de la crisis, sus buenos resultados no se acompañaron de una generación de puestos de trabajos estables tal como sucedía antes del 2008. Las reacciones por parte de los desempleados responden a las intenciones institucionales por modificar las condiciones de implementación del ProEmpleo, el cual se había venido convirtiendo en prácticamente la única fuente laboral capaz de acaparar la gran oferta de mano de obra concentrada en la comuna.

Evolución del programa ProEmpleo en la comuna

La ejecución del programa de empleo de emergencia ProEmpleo responde al contexto de crisis que se vive en Quellón por el incremento de los niveles de pobreza y desempleo, el cual superaba el 10%. Esta es la condición que justifica la asignación de recursos para su implementación. Su objetivo – idealmente- es “asegurar una reinserción estable y efectiva de los trabajadores que hayan perdido su empleo, a través del desarrollo de iniciativas destinadas a posibilitar un mayor acceso a empleos permanentes, permitir su participación en la ejecución de proyectos específicos y, en general, incrementar la oportunidad de acceder a ocupaciones de mayor calidad y con un mejor nivel de remuneraciones” (Escobedo, Llao, 2005: 24). A ojos de los desvinculados del salmón, los ProEmpleo eran una especie de sala de espera donde se aguardaba

la recuperación de los empleos en la industria salmonera, la cual no se derrumbó del todo.

En sus primeros años de funcionamiento, los trabajos ProEmpleo eran formales, es decir, existía una relación contractual de tiempo determinado con el beneficiario, de jornada completa y orientados hacia el mantenimiento o construcción de infraestructura de utilidad social o de apoyo a servicios sociales (Panorama Laboral de América Latina OIT, 2009: 73). Comúnmente, el 90% de los recursos de este programa se destina a las remuneraciones de los beneficiarios y el restante a gastos de administración (Escobedo, Llao, 2005: 26).

El ProEmpleo se convirtió rápidamente en “el” mercado de trabajo en la comuna. Quellón era lo que se conoce como una *company town*, es decir su vida económica y social se organizaba en torno al desempeño de las empresas salmoneras que captaban la mayoría de la mano de obra de la zona, incluyendo tanto los sectores urbanos como rurales. Luego de la crisis, Quellón fue solo una *town* que se quedó sin su *company*. La falta de otros nichos laborales en el territorio hizo que el ProEmpleo no pudiera cumplir su función de intermediario con el mercado laboral, y ofreció -gracias a las negociaciones con el Sindicato de Desvinculados del Salmón- una actividad remunerada a todos aquellos que fueron despedidos de las salmoneras.

Esta condicionalidad no estuvo exenta de polémicas. Por un lado, los pescadores artesanales afectados por un brote de marea roja, reclamaron cupos para participar del ProEmpleo generando polarizaciones entre quelloninos. Y por otro, muchos ex trabajadores del salmón rechazaron la posibilidad de realizar trabajos en el marco de este programa por considerarlo “poca cosa”, denigrante y estigmatizador. Aceptar un ProEmpleo se interiorizaba para algunos como asumir un estado de inferiorización social. En su debut en Quellón, el programa reunió antiguos jefes y subordinados en los mismos trabajos, compartiendo la misma situación social. La crisis del salmón introdujo así una reorganización de la estratificación social en la comuna a causa de la pérdida del estatus vinculado a la organización y a la jerarquía laboral. No existen cifras oficiales sobre cuánta gente participó alguna vez de este programa⁴. Los contratos de 3 a 6 meses permitían por un lado una constante rotación de personas en los trabajos ProEmpleo y por otro, la recontractación expedita -con el fin de evitar grandes indemnizaciones- de quienes seguían necesitando del cupo.

En abril de 2011, cuando el ProEmpleo cumplía tres años de ejecución, hubo una tentativa por parte del Servicio Nacional de Capacitación y

⁴ La CEPAL (2003) explica que una de las dificultades de los empleos transitorios de emergencia de los países de la región es la falta de métodos de evaluación y generación de datos oficiales.

de Empleo (SENCE) de cerrar el programa lo que generó importantes manifestaciones de repudio a esta medida. Los trabajadores del ProEmpleo realizaron ollas comunes e incluso una huelga de hambre para presionar a las autoridades sobre la necesidad de conservar estos empleos de emergencia. La negociación entre las partes determinó conservar los cupos pero reduciendo la jornada a medio día, lo que evidentemente significó una disminución de los salarios de los beneficiarios llegando a 78 mil pesos mensuales. Esto corresponde a menos de la mitad de un sueldo mínimo en Chile, el cual actualmente alcanza los 205 mil pesos.

En diciembre de 2012, el ProEmpleo volvió a sufrir modificaciones en la comuna. Desde sus inicios, los recursos del programa habían sido canalizados a través de la municipalidad de Quellón, la cual destinó funcionarios a hacerse cargo específicamente de la organización y desempeño del programa. Sin embargo, el actual gobierno decidió externalizarlo proponiendo una licitación pública, lo que coincide con un cambio político en la administración municipal quellonina luego de las elecciones de octubre 2012. A esto, se suma una vez más la decisión política de disminuir drásticamente los cupos del programa frente a una mejora sustancial del clima laboral en la provincia de Chiloé. Según datos de la Dirección de Desarrollo Comunal (DIDECO) de Quellón, de los 342 cupos, el SENCE decidió conservar solo 98 de ellos. Al igual que en el 2011, esta medida generó malestar entre los beneficiarios lo que motivó nuevamente expresiones de resistencia colectiva y la paralización de las labores. Gracias a una negociación conjunta entre voceras del ProEmpleo, la encargada de la DIDECO de Quellón y su alcalde, se consiguieron 80 cupos extras para el programa con caducidad el 30 de abril de 2013.

Contando entonces con 178 cupos para el ProEmpleo, la DIDECO junto a tres mujeres con experiencia en la dirigencia social determinaron en base a criterios socioeconómicos y al estudio de caso por caso quienes serían los nuevos beneficiarios del programa, siendo a partir de este año dirigido exclusivamente a mujeres. De ese total, 20 personas estuvieron bajo la tutela del municipio y el resto fue contratado por una consultora externa. Si bien hasta hace muy poco existían personas que seguían integrándose a trabajar en estos empleos de emergencia, específicamente 98 personas en enero y 78 en febrero de 2013 (datos entregados por la OMIL de Quellón en marzo 2013), el gobierno tiene intenciones de seguir disminuyendo progresivamente los cupos del programa durante este año. La posibilidad de renovar cierta cantidad de cupos implicará refocalizar los criterios de asignación de los ProEmpleo, principalmente por medio de indicadores de desempeño y mérito. Mientras tanto, el municipio explica que actualmente no cuenta con ninguna medida de mitigación para enfrentar la pérdida de esos empleos y la falta de ingresos de estas personas, por mínimos que éstos sean. Es decir, por más que la ejecución

del programa se haya privatizado, las medidas para abordar las consecuencias de su cierre serán de carácter público, teniendo el municipio que hacerse cargo de reemplazar una asistencia social por otra para seguir apoyando a las familias más vulnerables de la comuna.

DE LA POBREZA INVISIBLE A LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA VULNERABILIDAD

En Chile, el fenómeno de la pobreza se mide a través del valor de la línea de pobreza que corresponde a dos veces el precio de una canasta básica de alimentos (CBA). Para enero de 2013, el valor unitario de una CBA alcanzó 37.981 pesos (Ministerio de Desarrollo Social, 2013). En otras palabras, todos aquellos que cuenten con un ingreso por hogar superior a 75. 962 pesos no son considerados como población en situación de pobreza. Comúnmente, la disminución cuantitativa de las personas viviendo bajo el umbral de pobreza es interpretada por las autoridades públicas como un mejoramiento cualitativo de sus condiciones de vida, lo que resulta una lectura simplista que desatiende la complejidad del fenómeno. Existe reduccionismo cuando la medida estandarizada monetarista de la pobreza se convierte en la única fuente de validación para su comprensión. Es por eso que en el presente trabajo se quiere introducir una mirada hacia la relación de asistencia entre el aparato público y una población no calificada necesariamente como pobre (en el sentido economicista), sino más bien vulnerable desde que la crisis del salmón hizo visible la precariedad de su condición social. Normalmente, las medidas asistenciales provenientes del Estado –muchas veces conocidas como “bonos”– se entregan de acuerdo al puntaje que cada hogar obtiene en la Ficha de Protección Social aplicada por los municipios. Sin embargo, como ya se evocó, quienes se beneficiaron de cupos en el programa ProEmpleo no tuvieron que declarar su puntaje, sino que presentar su finiquito como prueba de su estado de cesantía para acceder a ellos. En otras palabras, la experiencia del ProEmpleo se constituyó para muchas personas como la primera experiencia de asistencia social y de relación directa con los servicios sociales.

La configuración del “pobre-trabajador”

Dado el carácter relativo y ambiguo de la noción de pobreza, Georg Simmel (1907) y más tarde Serge Paugam (1991) propusieron comprender sociológicamente este fenómeno a través de la categoría analítica de *asistido*, la cual corresponde a aquellos que hayan sido reconocidos por las instituciones asistenciales como “pobres”. Simmel lo explica de la siguiente manera:

“El hecho de que alguien sea pobre no quiere decir que pertenezca a la categoría social específica de *pobres*. Él puede ser un comerciante, un artista o un empleado pobre, pero permanece en esa misma categoría (*comerciante, artista o empleado*) que es definida por una actividad o una posición específica. En esta categoría, es posible que ocupe, a causa de su pobreza, una posición que se va modificando; pero los individuos que están en una posición dada, bajo distintos estatus y ocupaciones, no están reagrupados de alguna manera en un todo sociológico particular, distinto a la capa social a la cual pertenecen. No es sino hasta el momento cuando son asistidos – o quizás desde que su situación global habría exigido asistencia, cuando aún no está dada- que se convierten en miembros de un grupo caracterizado por la pobreza”. (Simmel citado por Paugam, 1991: 23)

Los beneficiarios de los programas sociales, en este caso del ProEmpleo, reconocidos en situación de precariedad económica y social por la sociedad a través de sus instituciones, son “pobres” incluidos orgánicamente al sistema social por medio de mecanismos de asistencia, donde a la larga se genera una situación de dependencia con respecto a la colectividad que los tomó a cargo (Simmel, 1907). Dicho de otra manera, el rol regulador del ProEmpleo en el contexto de ruptura social en Quellón, permite visibilizar la nueva condición de *asistido* de quienes se encontraban antes “a la deriva de los ojos del Estado”, en una importante situación de vulnerabilidad. Se trata de un mecanismo de institucionalización de la pobreza y un símbolo de precariedad en la isla de Chiloé. Ahora bien, dicho esto y considerando que este programa ofrece un empleo formal –y continuo en este caso- que ha formado un nuevo grupo asalariado, entre los beneficiarios del ProEmpleo emerge entonces la figura de un “pobre-trabajador” que cuenta con un difuso doble estatus (Basinski, 2007) donde se desdibujan las fronteras entre trabajo y asistencia social (Paugam, Martin, 2009). Comúnmente los *asistidos* hacen parte de un grupo de personas económicamente inactivas, sin embargo, quienes participan del ProEmpleo son considerados como ocupados ya que formalmente cuentan con una actividad remunerada formal. La dimensión temporal cobra relevancia en la configuración de esta figura, ya que permite que el beneficiario en el transcurso del tiempo de ejecución del programa desarrolle una identidad propia a su actividad y que se sienta más empoderado de su trabajo y por su trabajo. Pero socialmente, ¿los beneficiarios del ProEmpleo serán reconocidos por su actividad o por su relación con la asistencia social? (Paugam, Martin, 2009: 15).

¿Asistidos o trabajadores? Tensión identitaria

En los documentos oficiales de la OIT, como el informe *Panorama Laboral de América Latina*, los programas de empleo de emergencia son reconocidos como un tipo de asistencia social de los gobiernos: “Una de las responsabilidades del Estado es aliviar las deficiencias que se generan en el mercado laboral mediante programas sociales dirigidos a personas (y sus familias) inactivas en el mercado laboral, con salarios bajos, o sin beneficios sociales” (Panorama Laboral OIT 2003: 50). En Chile, el gasto público del ProEmpleo proviene de los recursos asignados al ámbito de trabajo “Pobreza, desigualdad y oportunidades” definido por el gobierno⁵. Al tratarse de fondos públicos, estos se canalizan –al menos en un primer momento- a través de instituciones públicas como los municipios, los cuales también asignan y organizan la entrega de otros tipos de mecanismos de asistencia. En comunas pequeñas como Quellón, el municipio resulta un ente bastante cercano a la población, presente en la organización de gran mayoría de los hogares. Es decir, esta institución es socializada por estos como una plataforma de ayuda para quienes se encuentren en dificultad, y esto mismo explica que el municipio se muestre como un prestador de servicios frente a los ciudadanos-clientes. Sin embargo, con la licitación del ProEmpleo se introduce una reconfiguración de la relación entre el beneficiario y la entidad con la cual se firma el contrato. Mientras que el municipio entrega asistencia, la empresa licitadora ofrecería trabajo –o al menos ese es su discurso motivacional. Sin los estigmas que acarrea la fama del asistencialismo, esta última siendo un ente privado y nuevo en la comuna, se presenta como un “verdadero” empleador para las personas, aunque los salarios en ambos casos provengan de la misma fuente. En este caso, no existe dependencia ni seguimiento directo de un servicio de acción social, sino de una corporación externa. Sin embargo, esto no explica necesariamente que los actuales beneficiarios –que fueron entrevistados para el presente escrito- declaren en su gran mayoría sentirse como trabajadores, es más, se podría afirmar que esa identidad se forjó durante los cuatro años que el programa fue ejecutado por el municipio.

Mientras que en un comienzo el ProEmpleo fue percibido por muchos de los desempleados del salmón como un *bad job* donde emerge la conciencia de una pobreza laboriosa y como una experiencia precaria y desvalorizante en un contexto de crisis, con el correr del tiempo la oferta y forma de estos empleos se fue naturalizando entre los quelloninos. La angustia del desempleo hizo que estas personas se aferraran más a la idea del trabajo formal estable que

⁵ En el informe de Política Social del 2011 del gobierno del presidente Sebastián Piñera, el gasto social en el programa ProEmpleo de la Subsecretaría del Trabajo alcanzó \$13.359 millones de pesos que corresponden a un 1,6% del gasto social total en el ámbito “Pobreza, desigualdad y oportunidades” (el cual alcanza un 4,6% del total del gasto social total del gobierno).

tuvieron en las salmoneras sin realmente cuestionar lo que supuestamente sería su paso temporal por el ProEmpleo (Briceño, 2012). Si bien para muchas personas lo fue, otras se han beneficiado de este programa desde su día uno hasta la fecha de manera bastante continua. Hoy, sus beneficiarias en Quellón corresponden principalmente a madres con hijos pequeños y mujeres que sufren algún tipo de enfermedad, condición que les impide trabajar en la industria pesquera. Dado el carácter cualitativo de la información recogida y por ende sin la pretensión de un análisis universalista, no se podrá aseverar aquí sobre los factores objetivos que influyan en la percepción del ProEmpleo, es decir, si dicho programa actúa como una ayuda económica o como un medio de integración real al mundo del trabajo. Sin embargo, a partir del análisis de las entrevistas realizadas emerge un elemento clave para indagar en esta ambigüedad: el reconocimiento y por ende la valorización de sí mismo por medio del trabajo.

“Hay gente que sí trabajamos, que nos sacamos la mugre todos los días, aunque nos vean barriendo y de repente digan “ah! ese trabajo es facilito”, pero no es así, verlo y hacerlo es diferente, pero aunque nosotros hagamos eso, nosotros nos sentimos orgullosas porque estamos haciendo nuestro trabajo, es nuestro trabajo que estamos cobrando y esperando que lleguen todos los meses para que lo cobremos y tengamos nuestras monedas. Bárbara⁶, 37 años”.

Como explica Serge Paugam (2000), en el trabajo asalariado la remuneración suele ser el medio de reconocimiento por excelencia (*homo economicus*), muchas veces considerado por el individuo como necesario para la realización de sí mismo. Sin embargo, el valor instrumental no colma todas las dimensiones de la valorización del trabajo. A su vez el trabajador necesita realizarse, encontrar un sentido (*homo faber*), así como también desenvolverse armónicamente en su entorno (*homo sociologicus*). Estos tres elementos son formas de reconocimiento esenciales para motivar y valorar al individuo como trabajador. Hemos detectado que cuando al menos uno de ellos falla, el discurso sobre el ProEmpleo se ubica en el registro de la asistencia:

“Yo creo que es como una ayuda porque es poco, no encuentro que sea mucho el trabajo, es todo liviano, son puras cosas que sean acordes también a tu cuerpo y eso, con los horarios, que es medio día, si yo creo que es como una ayuda. No espero mucho reconocimiento, es como una ayuda no más, no es tan gran cosa, no es exigente pero no me aburro, me levanto con ganas, voy a dejar mi niña al colegio, después voy a buscar a mi compañera y bien,

⁶ Los nombres reales de las personas entrevistadas para este trabajo han sido cambiados para asegurar su anonimato.

después nos venimos para acá, venimos a conversar con la jefa, echamos la talla, preguntamos algunas cosas y nos vamos a trabajar, terminamos y nos vamos y al día siguiente lo mismo, nosotras lo pasamos bien, y no hemos tenido dramas. Alicia, 39 años”.

A uno lo ayudan un poco, me gusta más o menos no más el trabajo, pero como no hay más trabajo, obligada a estar con esto. En las pesqueras sentía que mi trabajo era más reconocido, aquí no, porque aquí nosotros estamos solos, antes de las 10 de la mañana tenemos todo listo, y tenemos que hacer hora hasta la 1 de la tarde. Marta, 33 años”.

Para otras beneficiarias, el vínculo con el ProEmpleo es netamente laboral y no asistencial, porque además de los reconocimientos experimentados, organizacionalmente se cumplen las condiciones que tiene cualquier trabajo tales como horarios, supervisores, contratos y seguridad social.

“Yo pienso que trabajamos como un trabajador cualquiera, nos gustaría que nuestro sueldo sea al menos la mitad del sueldo mínimo, porque no nos pagan eso y eso que trabajamos las mismas horas que una persona que trabaja de 8.30 a 1 de la tarde. Me siento bien, valorada, útil, porque si no fuera por nuestro trabajo no sé qué sería de esta ciudad, porque la verdad que aquí no hay ni educación ni cultura, uno termina de barrer cuando ya pasan 2 o 3 personas tirando papeles y uno tiene que volver a recogerlos. Nosotros trabajamos y lo hacemos bien. Paula, 50 años”.

Igualmente está presente la idea de desmarcarse de la asistencia por su connotación desvalorizante y de inferioridad social, y por su focalización hacia los que serían reconocidos como “flojos” por la sociedad chilena, en la que los valores de una sociedad capitalista como el esfuerzo personal y la distribución de las riquezas en base al mérito individual son aquellos que asegurarían los logros y que evitarían las situaciones de pobreza. Aun así, en Chile la asistencia social no tiene el peso simbólico que tiene en Europa. En este país, la dignidad es altamente asociada al hecho de estar empleado o de tener alguna actividad remunerada sea ésta formal o informal, y genera la motivación necesaria para rechazar una identificación al estatus de *asistido* (Paugam, 1991).

“Me siento como trabajadora igual porque uno cumple con su trabajo y no lo ve como que es una ayuda porque uno baja a trabajar, yo vivo lejos de donde tengo que llegar a la pega, para subir después me cuesta, así que me merezco igual el sueldo porque hago el esfuerzo. Javiera, 47 años”.

“Como trabajadora me siento porque... o sea yo no soy de esas personas que le gusta recibir las cosas ponte tú de “balde” como se dice, que lo reciba, porque si uno hace su pega, a uno le están

pagando por su pega no más, es eso, no es una ayuda, es su trabajo no más. Por ejemplo, yo que trabajé en los tallados, son cosas que tú ves después en la comuna y tú sabes que tú lo hiciste, ya sabes que tu colocaste tu granito de arena ahí, ojala volviera eso de los talleres, de cosas manuales, uno aprende, después son cosas que te sientes orgullosa que hiciste. Catalina, 29 años”.

La ambigüedad de este programa y la tensión identitaria que genera, pasa principalmente, porque las instituciones públicas le asignan el estatus de *asistido* a los beneficiarios, lo que es resentido por varios de ellos como una identidad negativa que no interiorizan y que rechazan tajantemente, y que frente a lo cual reivindican su identidad de trabajador. Mientras ellos se ven y sienten como trabajadores, la sociedad y sus instituciones los perciben como beneficiarios de asistencia social.

“Yo de primera me sentía como un trabajador más pero cuando postulé al bono “mujer trabajadora”, ahí me dijeron que salí rechazada porque nosotras estábamos con ayuda del gobierno, me llegó una carta diciendo que nosotras como recibimos ayuda del gobierno no teníamos derecho a ese bono, que es una ayuda del gobierno pero nosotras trabajamos, nos pagan, entonces igual me sentí mal porque todos estos años trabajando, ganando 78 mil pesos, era lo justo que nos llegara una ayuda del gobierno, a todas las del ProEmpleo que postularon les llegó esa carta, si esto fuera una ayuda estaríamos en la casa sentada y que nos llegue la plata, o que nos la depositen, pero nosotras trabajamos, todas trabajamos, esa plata que nos da el gobierno nosotros la ganamos porque la trabajamos, no es como un subsidio como a mí me llega mensualmente, eso para mí es una ayuda pero no, porque nosotros trabajamos, nosotras nos ganamos nuestra platita, no nos ganamos la plata sentadas en la casa, nosotras cumplimos nuestro horario para que nos paguen. Francisca, 27 años”.

Siguiendo lo dicho anteriormente, ser trabajador se presenta no solo como la persona que ejerce una actividad remunerada, sino como una cualidad individual de la cual se puede sentir orgullo. Esto ha desencadenado una valorización bastante positiva respecto a la experiencia del ProEmpleo, pese a las precarias condiciones de trabajo en las cuales se ejecutan las labores y pese además al alto grado de dependencia que van desarrollando los beneficiarios con respecto a su cupo en el programa.

LA PARADOJA DEL PROEMPLEO: UNA EXPERIENCIA PROFESIONAL INCIERTA PERO SATISFACTORIA

¿Por qué hablar de empleo cuando hemos visto que estrictamente el ProEmpleo es una medida de asistencia social? En primer lugar, porque si bien este debía ser un intermediario con el mercado del trabajo, en Quellón termina convirtiéndose en un nicho laboral independiente de las otras ofertas de trabajo en la comuna. Por otro lado, el ProEmpleo es la primera experiencia laboral para muchas de las mujeres beneficiarias del programa, lo que contribuye a formar una conciencia e identidad ligada al trabajo que a su vez se nutre por el reconocimiento entre pares, el salario y el acceso a la seguridad social. Estos soportes o protecciones permiten a las beneficiarias apropiarse de su estatus de trabajador.

El ProEmpleo en su forma práctica, es un trabajo que tiene efectos a nivel individual, familiar y social, pero no se trata de un trabajo que active un proceso de movilidad social importante aunque sí puede sembrar el interés por esa movilidad (Schwartz, 1990) entre sus beneficiarios principalmente, gracias al desarrollo de una identidad laboral y a la concepción del trabajo como motor de garantías materiales y simbólicas, pese al clima de incertidumbre que rodea al programa. Al tratarse de un empleo de emergencia, temporal y sujeto a las voluntades políticas de turno, “contribuye directamente a la creación de estatus precarios de empleo, donde el principio, una vez institucionalizado, tiene tendencia a perpetuarse” (Paugam, Martin, 2009: 15). Para las personas que llevan cinco años beneficiándose del ProEmpleo no se ha cumplido la promesa de una inserción estable en el mercado del trabajo en Quellón y, sujetas a las incertidumbres del programa, no se han vuelto individuos capaces de considerar y planificar un futuro profesional más favorable como en general se puede lograr por medio de las garantías que ofrece un empleo estable.

Por otro lado, las condiciones organizacionales de los trabajos ProEmpleo son muchas veces bastante duras y precarias si se considera que las beneficiarias trabajan en la calle bajo el sol o la lluvia, no cuentan con servicios sanitarios propios ni con los materiales necesarios para ejecutar las labores que se les encomiendan. Se benefician principalmente de la buena voluntad de otros establecimientos para tener acceso a agua y baño, y de la caridad de la municipalidad quien les proporciona diariamente herramientas, aunque esta ya no sea su “empleador”:

“A nosotras nos dieron un delantal para trabajar en la calle y nada más, el resto lo presta la municipalidad. Si incluso se ve gente trabajando con ropa de calle no más, eso sí todos tienen sombrero para el sol. La escoba, la carretilla, todo, lo pasa la municipalidad. Paula, 50 años”.

Si bien hablamos de empleos inciertos y de trabajos materialmente precarios, esto no es necesariamente incompatible con la expresión de una cierta satisfacción por parte de los beneficiarios con respecto al programa. Considerando que esta paradoja no es nueva en el mundo del trabajo, ¿cómo explicar en este caso que una asistencia disfrazada de empleo, que cuenta con las características ya mencionadas, sea a pesar de todo juzgado positivamente por estas personas? Comprender esta contradicción o brecha entre dificultades y satisfacciones en el trabajo pasa por la importancia de revelar “la verdad subjetiva del trabajo” y de no oponerla a su “verdad objetiva” (Bourdieu, 1996).

“Le doy las gracias al ProEmpleo”

El ProEmpleo apareció en un momento de fuerte crisis socioeconómica para aliviar los daños y angustias provocados por la cesantía que dejó la industria salmonera. Hoy, este alivio está redireccionado hacia quienes se han visto marginados del mercado del trabajo local. Aparece entonces como la única alternativa laboral, por ejemplo, para quienes sufren enfermedades crónicas que deben ser regularmente monitoreadas y que usualmente ya no son recibidas en la industria salmonera por considerarlas de poco rendimiento y propensas al ausentismo.

“Se paga menos plata en el ProEmpleo, pero igual ya no tengo tanto dolor de mis huesos, y por mis controles ya no podría trabajar en las pesqueras. Costó acostumbrarse a que ya no se recibía la misma plata de antes, había que ajustarse más en la casita. Pero empecé por el tema de la crisis y después me vino mi problema de salud que empezó de a poquito, ahora ya no podría volver, además el problema de mi diabetes y tengo control todos los meses, y las pesqueras no te dan permiso, te lo descuentan. Son pocas horas de trabajo aquí y me organizo mejor en mi casa, y con mis controles, por eso estoy más contenta, porque los puedo llevar mejor. Sara, 48 años”.

“El ProEmpleo es muy bueno y muy beneficioso para nosotras porque nosotras no tenemos, por lo menos yo, no tengo muchas oportunidades de trabajar en otros lados. Me sentí contenta cuando recibí mi primer sueldo y me sigo sintiendo contenta. Bárbara, 37 años”.

El hecho de contar entonces con esta oportunidad genera una satisfacción automática que se traduce en un sentimiento de fuerte gratitud. Las beneficiarias sienten que el ProEmpleo les hizo un favor, lo cual refleja el carácter paternalista que ejerce el programa sobre ellas.

“Por ejemplo la otra vez me tocó trabajar en la calle haciendo cemento, lo hacía, no puedo reclamar, con solo tener este horario y

poder darle tiempo a mis hijos, no puedo estar desconforme con nada, han sido demasiado buenos conmigo. Francisca, 27 años”.

El agradecimiento expresado no solo se dirige a la existencia del programa, sino también a las externalidades positivas que ha acarreado en sus años de ejecución. La experiencia laboral en el marco del ProEmpleo ha tenido por supuesto efectos sobre el individuo mismo y su autoestima, sobre sus vínculos sociales y la relación entre géneros por mencionar algunos aspectos.

Un espacio de emancipación y sociabilidad

La sociedad chilota es aún bastante tradicional en sus formas de organización. En muchos hogares el hombre sigue teniendo un rol proveedor mientras que la mujer sigue encargada de lo familiar y doméstico. No solo la llegada de la industria salmonera propició la entrada de la mujer chilota al mundo del trabajo asalariado, la conmoción que trajo la crisis provocó igualmente reconfiguraciones en materia familiar, dándoles así la oportunidad a mujeres todavía inactivas económicamente, de incorporarse a los empleos ofrecidos por el ProEmpleo. Se afirma que el poder patriarcal en la isla se vería debilitado por la autonomía económica y el empoderamiento de las mujeres (Rebolledo, 2012). Los efectos de esta nueva experiencia resultan tremendamente positivos y despiertan una conciencia de género entre las beneficiarias. La instancia del trabajo es de emancipación, se convierte en un espacio para vivir y disfrutar la individualidad a través de nuevas relaciones sociales entabladas con las colegas.

“El hecho de salir de la casa, porque en la casa es la rutina de todos los días en cambio aquí uno conversa con gente distinta, al menos para mí prefiero trabajar en esto que quedarme en mi casa, es que uno se aburrió de trabajar toda una vida en la casa, y uno antes no tenía plata ahora si uno tiene su platita y uno hace lo que quiere con su platita, aunque sea poco, ya no tiene que pedirle al marido, me gusta ser independiente. Cuando empecé a trabajar yo me sentí útil, y yo pensé ya no tengo que estarle pidiendo a mi marido que por favor me dé para esto para esto otro, no, yo me sacrifico gano mis pesos y es mío, yo hago lo que quiero con esa plata que yo me gané, con mi esfuerzo. Paula, 50 años”.

“Lo bueno es que uno siempre recibe su sueldito, todos los meses, está esperando que llegue eso no más, igual me siento más independiente. Yo le dije a mi marido que mientras a mí no me echen de acá yo no me voy, porque mis hijos lo necesitan mucho, yo necesito para mis hijos y por mí también lo hago, ahora me siento mejor, uno llega a la casa con otra manera de ver las cosas, no pasar todo el día encerrado en la casa, porque yo pasaba todo el día sola,

mis hijos en el colegio, mi marido trabajando, y ahora no, ahora comparto con mis compañeras, lo pasamos bien, conversamos, nos reímos y en la tarde estoy con mis hijos. Bárbara, 37 años”.

La independencia, el salario y las relaciones sociales son experiencias nuevas de satisfacción para muchas de estas mujeres que creían asumida e incuestionable la condición de dueñas de casa. Las distintas actividades que realizan las hacen sentir un pleno equilibrio entre la vida doméstica, familiar, laboral y social.

Un equilibrio entre lo productivo y reproductivo

La incorporación de la mujer al mundo del trabajo ha suscitado múltiples estudios sobre las expresiones de nuevas desigualdades en el mercado laboral. Al mismo tiempo que los trabajos se precarizan e intensifican, la carga de estos sobre la mujer sería más fuerte porque ella se hace cargo a la vez de lo productivo y lo reproductivo. La estructura productiva de la industria salmonera implica un fuerte involucramiento de las trabajadoras, teniendo éstas que sacrificar sus tiempos familiares y de ocio. Las extensas jornadas de trabajo generan así hogares “pobres de tiempo”, donde se disminuyen las posibilidades de fomentar el *vínculo de filiación* (Paugam, 2008). Una investigación realizada en 2011 (Briceño, 2012) reveló que los despidos habrían “liberado” a las empleadas y empleados de un trabajo agotador, permitiéndoles así poder recuperar su vida familiar y reactivar su red de solidaridades más cercanas. Teniendo en cuenta estas consecuencias, el ProEmpleo aparece como la única alternativa laboral posible que permite lidiar con lo productivo y reproductivo gracias a su jornada de medio día.

“Nosotros estamos muy contentos con el programa ProEmpleo porque, si bien usted nos ve jóvenes, resulta que nosotras tenemos hijos, entonces la única pega que hay acá en Chiloé, en Quellón es en empresas, en salmoneras, y la salmonera te exige un horario que es de las 8 de la mañana a las 5 y media de la tarde, entonces no tenemos donde dejar a nuestros hijos, no tenemos donde dejarlos, entonces por eso para nosotros el ProEmpleo es una gran ayuda, porque es media jornada y ahí tenemos toda la tarde para estar con nuestros hijos, para preocuparnos de nuestra casa y de nuestros hijos. Catalina, 29 años”.

“Aquí vienen principalmente mamás, porque lo necesitan y por los turnos, yo no estoy acostumbrada a dejar a mis hijos y prefiero estar con ellos y tener un pan para el día pero prefiero estar con ellos y este horario me acomoda porque ellos ahora están en el colegio. Bárbara, 37 años”.

A diferencia de lo diagnosticado por Loreto Rebolledo (2012) sobre el proceso de identificación de mujeres como trabajadora del salmón, las beneficiarias del ProEmpleo, muchas ex empleadas de esta industria, no supeditan su vida familiar al trabajo. La maternidad aparece así como un punto central y prioritario en la vida de estas mujeres y el hecho de poder vivirla sin tensiones con el trabajo genera satisfacción y bienestar.

Un clima de incertidumbre y dependencia

Serge Paugam en su libro *Le salarié de la précarité* (2000) propone una tipología de cuatro formas de integración profesional, definidos principalmente por dos ejes: la protección del empleo y la satisfacción del trabajo. Siguiendo su análisis, la forma del ProEmpleo estaría más cercana a la *integración incierta* (desviación del tipo ideal de la *integración garantizada*) que define una integración profesional limitada donde la inestabilidad del empleo no se acompaña de una insatisfacción en el trabajo (Paugam, 2000:98). Esta forma de integración verifica la hipótesis de que el empleo precario no se traduce necesariamente por una relación negativa al trabajo. Si bien objetivamente hemos visto que las condiciones de trabajo son cuestionables, la experiencia del empleo es percibida de manera positiva por los beneficiarios del programa, aunque tengan asumido que existen grandes posibilidades de perder su cupo, es decir, de perder el trabajo justamente por depender de decisiones políticas y no por fenómenos coyunturales. El futuro laboral para estas personas sigue siendo igualmente incierto que antes de contar con el trabajo en el ProEmpleo, porque este programa no es capaz de entregar garantías que puedan protegerlos frente a la pérdida de los empleos. Tomando en cuenta la reducción de cupos que ha venido conociendo el programa, los riesgos de perderlos son ya interiorizados y aceptados pese a los intentos de resistencia colectiva puntuales que existieron en el pasado. Esta rápida asimilación puede explicarse por un fatalismo aprehendido y por un involucramiento reducido de las beneficiarias en la realización de los trabajos: se trata en general de ocupaciones de bajo contenido cognitivo, de baja productividad y de poca calidad que requieren del esfuerzo mínimo en una jornada de medio día. Experimentar satisfacciones laborales es absolutamente compatible con el hecho de implicarse de manera limitada a un trabajo. La inestabilidad de este empleo aparece para el grupo de personas más vulnerables como el –único- medio para posicionarse en el mundo del trabajo, probarse a sí mismo y acceder a una fuente de reconocimiento.

Por otro lado, la expresión de estas satisfacciones que se traducen en bienestar psicosocial y económico, está ligada al tipo de organización de los trabajos. Si bien en el ProEmpleo existe una importante precariedad laboral, sus beneficiarios gozan de bastante libertad y autonomía para la realización de sus labores, prácticamente no existe una jerarquía organizacional vertical y hay

poco control. El valor de un trabajo remunerado y autónomo hace que el asalariado “incierto” se libere simbólicamente de las relaciones de dominación, convirtiéndose en soberano del origen y de la administración de su tiempo y dinero. Es más, muchas veces el trabajo parece ser organizado de manera espontánea y artesanal.

“Uno en el ProEmpleo trabaja relajado porque si se siente cansado ya descansa un rato porque no es un trabajo tan esforzado, porque no hay un jefe que está diciendo lo que hay que hacer como en las pesqueras. Javiera, 47 años”.

A su vez, las apreciaciones positivas sobre este programa se explican por ser percibido como un “salvavidas” que ofrece un modesto ingreso frente a la imposibilidad o dificultad de contar con un empleo en el sector industrial. Como vimos, para las jefas de hogar con hijos pequeños, los horarios en las salmoneras implican distanciamientos y rupturas familiares y declaran que no están dispuestas a abandonar a sus hijos ni a poner en riesgo la protección de su entorno social más cercano. Es sabido que “las exigencias que plantea el trabajo en las salmoneras son las que condicionan sus tiempos cotidianos, la organización de sus familias y las tareas domésticas” (Rebolledo, 2012:231). El tipo de estructura de la organización de los trabajos en el ProEmpleo no se replica comúnmente en lo ofertado por el mercado de trabajo en la isla de Chiloé, el cual se ve en casi su totalidad reducido a la actividad pesquera. ¿Qué herramientas estaría entonces dando este programa para una futura inserción laboral y para lograr desenvolverse de manera autónoma en el mundo de trabajo? ¿O será que a las finales se trata solo de mantener ocupadas a personas que se han visto por distintas razones marginadas del mercado del trabajo? Esta situación laboral “ficticia” que ofrece el ProEmpleo se acompaña entonces de satisfacciones materiales y simbólicas que a la larga generan una dependencia del programa. Mientras más es percibido el riesgo de pérdida del trabajo o de cierre definitivo del ProEmpleo, más grande es la expresión de apego y dependencia con respecto a la asistencia pública. Por otro lado, esta misma dependencia alimenta y justifica la existencia de este programa ya que si no hay demanda por parte de los usuarios, se pierden los cupos y así, el cierre deviene inminente. Ninguna entrevistada para este trabajo afirma estar en el ProEmpleo por cierto tiempo determinado, de manera temporal. Al contrario, explican que su intención es seguir en este hasta su día de cierre pese a declarar que el clima laboral en Quellón ha mejorado progresivamente. La comodidad que ofrece este trabajo no es transada por la posibilidad de otro mejor remunerado:

“Estaré en esto hasta que me despidan y no tengo más opción, ahí buscaré en otro lado. Me siento cómoda aquí. Aquí en el ProEmpleo te entienden pero las empresas no. Alicia, 39 años”.

“Imagínese que tengo una amiga que trabaja, entra a las 12 de la mañana y sale a las 12 de la noche, en turnos rotativos, imagínese ¿y los niños? No ve a sus hijos, porque ella de repente entra a las 12 de la noche y sale al otro día a las 12 del día, ¿en qué momento ve a sus hijos? En ningún minuto, llega el otro día a dormir, y una semana le toca en la noche y la otra en el día, pero uno como mamá no puede hacer eso, porque si mi marido se va a trabajar no tengo con quien dejar a mis hijos y yo no puedo trabajar en una pesquera así. Bárbara, 37 años”.

La dependencia pasa a ser un dilema cuando entendemos estos trabajos como una medida de asistencia social y dejamos de verlos como actividades profesionales comunes. La dependencia hacia los servicios sociales hace parte de los nuevos riesgos presentes en una nueva sociedad chilota (Canales, 2006) que redefinen las configuraciones sociales tradicionales. La relación de dependencia no es necesariamente un elemento desfavorable si toma la forma de un recurso o capital que permita ser invertido para la obtención de algo, pero en el caso del ProEmpleo, las ayudas recibidas, y la carrera de dependencia que esto genera en el tiempo, no se han traducido en aumentar las posibilidades de colocación de los beneficiarios en otros empleos. Dicho de otro modo, este programa no ha provisto de “activos para reducir su vulnerabilidad, [...] o permitirles el acceso a estructuras de oportunidades más cercanas a los nuevos caminos de movilidad e integración” (Kaztman, Filgueira, 1999: 15). La entrada de estas personas al mundo de la asistencia social por medio del beneficio de los cupos del ProEmpleo designa un cambio en la naturaleza de su vulnerabilidad, pero en ningún modo encamina hacia una situación de estabilidad. Esta es una tarea sumamente compleja si se considera el reducido tamaño del mercado laboral en la isla de Chiloé, donde el patrón de desarrollo dominante se limita a la actividad industrial de las salmoneras.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A pesar de las bondades de este programa, la permanencia del ProEmpleo en ciertas localidades retrata el estado de un mercado laboral estrecho y limitado, incapaz de absorber la gran masa laboral forjada en la propia industria salmonera presente en la isla de Chiloé. Es así como esta medida de asistencia social, que en su forma es condicionada a la realización de un trabajo, se convierte en un mercado del trabajo alternativo del cual llegan a depender varios hogares en situación de vulnerabilidad. Para muchas mujeres, anteriormente dueñas de casa y hoy beneficiarias del programa, la experiencia de entrada al mundo de la asistencia, que marca el paso de un estado de fragilidad social a uno de dependencia, no es otra cosa que la entrada al mundo

del trabajo. Hablamos de un grupo de asalariados formado por el propio Estado pero institucionalmente reconocido como “pobre” –en el sentido de Simmel- a partir del momento en que se convierten en beneficiarios. El proceso de inserción laboral de estas personas pasa entonces difusamente por medio de la asistencia pública y del empleo configurando híbridamente lo que denominados en este trabajo como “pobre-trabajador”, un individuo que al entablar una relación de asistencia basada en el trabajo desarrolla una consciencia e identidad ligada a lo laboral.

No hay que olvidar que el ProEmpleo consiste en un programa diseñado originalmente como una iniciativa de emergencia que llegó a Quellón en respuesta a la crisis del salmón, y que fue con el transcurso del tiempo que se fue amoldando a las dificultades del mercado del trabajo local. Si bien aparece en un principio con un discurso de reintegración profesional de personas desempleadas, más tarde – y como un modo para justificar su presencia en la comuna- sus objetivos se redireccionan hacia la inserción de una población tradicionalmente inactiva. Aun así, los empleos que ofrece permanecen precarios y los salarios se mantienen a nivel de subsistencia. Pese a esto, la experiencia no es percibida como descalificante por los beneficiarios quienes ven en sus trabajos una fuente de protección, reconocimiento y dignidad.

Más allá de evaluar la efectividad del ProEmpleo en términos de empleabilidad y de la entrega de capacidades a sus beneficiarios, las posibilidades de inserción de estas personas al mundo “real” del trabajo, quedan imprecisas. En su puesta en marcha, el programa ha permitido ocupar una población en un nuevo y paralelo nicho laboral de manera temporal a través de una integración profesional ambigua e incierta. Los lugareños denuncian una “cesantía disfrazada” por la creciente tendencia al empleo estacionario en toda la isla. La existencia del ProEmpleo en Quellón no solo encarna los vestigios de la crisis del salmón, derrumba el mito del “pleno empleo” de las autoridades de gobierno y evidencia la proliferación de las formas precarias del empleo, sino también revela la existencia de formas desiguales de integración profesional experimentadas por una población rechazada del y por el mercado del trabajo local.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Omar (2001), *Tendencias y visiones sobre la crisis del trabajo*. Debates y reflexiones, aportes para la investigación sociales, PREDES, Universidad de Chile, Documento n°4.
- Banco Central de Chile (2013, 5 de abril), Informe de Política Monetaria Marzo 2013, Punta Arenas: Chile. Disponible en:

<http://www.bcentral.cl/politicas/presentaciones/consejeros/pdf/2013/mml05042013.pdf>

- Basinski, Catherine (2007), « Pauvreté au travail : l'emploi, un rempart pour préserver sa place et sa dignité ? », *Revista Pensée plurielle*, n°16, 2007/3 :85-99.
- Briceño, Natalia (2012), *Les chômeurs du saumon. Étude de l'évolution des formes de la précarité à Quellón, île de Chiloé, Chili. Memoria de master no publicada* (dirigida por Serge Paugam). Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
- Bourdieu, Pierre (1996), « La double vérité du travail ». *Revista Actes de la recherche en sciences sociales*. Vol. 114, 1996: 89-90.
- Canales, Claudia (2006), *Transformaciones socioculturales, económicas y medioambientales en la localidad de Quellón como consecuencia de la expansión de la industria salmonera y del proceso urbanizador, en el marco de las teorías de la nueva ruralidad y sociedad del riesgo. Tesis para optar al título de sociólogo no publicada*. Universidad de Chile, Santiago.
- Castel, Robert (2007). « Au-delà du salariat ou en deçà de l'emploi ? L'institutionnalisation du précaire ». En : *Repenser la solidarité. L'apport des sciences sociales* (pp. 415-433). Serge Paugam, Editor. Paris: PUF.
- Carreño, Arturo (2010, enero), *Impactos del virus ISA en Chile*, Análisis de Coyuntura Económica n°55, Publicaciones Fundación Terram, Disponible en: http://www.terram.cl/images/ADCS/adc_55_virus-isa.pdf.
- CEPAL (2003), *Panorama Social de América Latina 2002-2003*, Capítulo V “Agenda Social Situación Laboral y Políticas de Empleo en América Latina”, Santiago, Chile.
- Escobedo, Claudio y Llao, Andrés (2005), *Gestación del programa PROEMPLEO (PEE) Chile. Lecciones del pasado. Desafíos del presente. Tesis para optar al título de sociólogo no publicada*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Sociología.
- Instituto Nacional de Estadísticas (2013, 30 de octubre). Boletín Informativo del INE Julio-Septiembre 2013, Informe Empleo Regional, Región de Los Lagos. Disponible en: http://www.ineloslagos.cl/archivos/files/pdf/Empleo/2013/Empleo_JAS_2013.pdf.
- Instituto Nacional de Estadísticas (2002), *Censo de Población y Vivienda 2002*, Santiago: INE.
- Instituto Nacional de Estadísticas, *Nueva Encuesta Nacional de Empleo (NENE)*, Santiago: INE.

- Kaztman, Ruben y Filgueira, Carlos (1999), *Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructuras de oportunidades*. CEPAL. Oficina en Montevideo, Uruguay.
- Martin, Claude y Paugam, Serge, « La nouvelle figure du travailleur pauvre assisté », *Revista Lien social et Politiques*, n° 61, 2009 : 13-19.
- Ministerio de Desarrollo Social (2011), *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2011*, Santiago: Chile, Gobierno de Chile.
- Ministerio de Desarrollo Social (2013), *Costo de la canasta básica de alimentos enero 2013*, Santiago: Observatorio Social, Gobierno de Chile.
- Ministerio de Planificación (2000, 2006, 2009), *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN)*, Santiago: Chile, Gobierno de Chile.
- Ministerio de Planificación (2011), *Informe de Política Social 2011*, Santiago: Chile, Gobierno de Chile.
- Nun, José (1969). “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”. *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol V, n°2, julio 1969: 178-236.
- Oficina Internacional del Trabajo (2003), *Panorama Laboral 2003 América Latina y el Caribe*, Lima, Perú.
- Pascual Arias, Martín (2010), *La crisis y el proceso de reconversión de la industria salmonera. Perspectiva laboral*, Documento de Trabajo, Oficina Internacional del Trabajo (OIT).
- Paugam, Serge (2000) [1991]. *La disqualification sociale. Essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris : PUF, collection « Quadrige ».
- Paugam, Serge (2007) [2000]. *Le salarié de la précarité. Les nouvelles formes de l'intégration professionnelle*. Paris: PUF.
- Prensa Observatorio Laboral y Ambiental de Chiloé OLACH (2011, abril 8). Trabajadores llegan a acuerdo y deponen olla común y huelga de hambre. Disponible en: http://www.olach.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=2869.
- Quijano, Aníbal (1966). *Notas sobre el concepto de “marginalidad social”*. División de Asuntos Sociales, CEPAL, Santiago, Chile.
- Rebolledo, Loreto (2012), “Resistencia y cambios identitarios en trabajadores/as del salmón en Quellón”. *Revista Polis*, vol.11 (31), 2012:223-239.
- Revista NOS (2009, julio). Obligados a la reconversión: salmonicultura 2.0. Disponible en: <http://www.revistanos.cl/2009/07/obligados-a-la-reconversion-salmonicultura-20/>.
- SALMONCHILE (2006). Realidad Laboral y Medioambiental de la Industria del Salmón. Disponible en:

http://www.salmonchile.cl/frontend/descargar.asp?file=Realidad%20Social_Laboral.ppt.

Schwartz, Olivier (1990), *Le monde privé des ouvriers*, Paris : PUF; collection « Quadrige ».

SERNAPESCA (2008). *Balance de la situación sanitaria de la anemia infecciosa del salmón en Chile de julio del 2007 a julio del 2008*. Valparaíso: Chile, Gobierno de Chile.

Simmel, Georg (1998) [1907]. *Les pauvres*. Paris : PUF, collection « Quadrige ».

